



HISTORIA DE LA LITOGRAFIA.

INVENCIÓN DE LA LITOGRAFIA.—EL ASTROLABIO EN 1580.—EL ABATE SCHMIDT Y ALOYS SENEFELDER.—LA LITOGRAFIA APLICADA AL ARTE POR EL PROFESOR MITTERER.—SU INTRODUCCIÓN EN FRANCIA.

En el pueblo de Solenhofen, cerca de Munich, hay una cantera de piedra caliza, cuyo grano de color amarillento es fino y poco poroso como el del mármol, siendo muy susceptible de reducirlo á pedazos planos, circunstancia que la hace mas recomendable aun. Esta mina se explota en el país desde tiempo inmemorial, y el pavimento de muchas casas y mezquitas del Oriente es de esta preciosa piedra.

Su naturaleza química, que es un compuesto de carbonato de cal,

de sílice, de alumbre y de óxido de hierro, la hace igualmente penetrable á los cuerpos grasientos, al agua y á aquellos ácidos que unidos como el ácido cítrico y ácido hidro-cloro, la atacan vivamente y la descomponen; pero estos agentes no surten el mismo efecto con los cuerpos grasientos, porque se cubre de grasa una parte de la piedra, y la protege contra la acción corrosiva. Conocidas ya estas propiedades en el siglo XVI, dieron la idea de esta útil medida para ejecutar los dibujos, haciéndola picar con agua fuerte, á la manera de nuestros grabados.

En Munich hay muchas piedras trabajadas en diversas épocas por este procedimiento, contándose tambien un astrolabio que data de 1580, espuesto en el Museo de la escuela gratuita de dibujo.

En los últimos años del siglo XVIII, el abate Schmidt, profesor de la escuela de *segundones*, empezó á hacer por este medio varias pruebas en presencia de sus discípulos. Es fácil conocer que estas planchas

29 DE ENERO DE 1834.

no se diferencian de los grabados sobre boj mas que en la materia y en los procedimientos de ejecución. De este modo es como se comprende hoy la litografía.

Por la misma época vegetaba en el teatro un pobre cantor, que sintiendo en su cerebro los destellos de fuego poético, resolvió aprovechar los beneficios de autor dramático con los pequeños ahorros que le había proporcionado el canto. Para ello compuso varias piezas que no alcanzaron un éxito muy feliz. Como todos los autores que presenciaban el mal resultado de sus producciones, protestó del mal gusto de sus contemporáneos, y dijo que la posteridad le haría justicia. Ningún editor quiso admitir las obras del pobre Aloys Senefelder, y él mismo tuvo que suplir la mala voluntad de los libreros, convirtiéndose en editor de sus producciones del mismo modo que lo hizo Franklin. Pero aun así tuvo que luchar con grandes y nuevas dificultades: Senefelder no era tipógrafo como el autor del *Buen Ricardo*, ni tenía caracteres, ni prensa, ni dinero con que comprarlos. Para suplir al primer y principal objeto, pensó en grabar las letras en una lámina de boj. Si Senefelder hubiese sabido grabar, habría vuelto á hacer mas ensayos en este mismo método como Guttemberg y Fuster: su ignorancia le preservó de dar esta segunda edición del origen de la imprenta; pero debió producirla bajo una nueva forma.

Después de mil proyectos y mil ensayos inútiles, volvió á comprar con sus primeros fondos una plancha de cobre, sobre la que hizo grabar, por medio del agua fuerte, muchas páginas de su obra, que tiró en una prensa improvisada, páginas que levantaba y borraba luego para dar lugar á otras nuevas. Este procedimiento tan sumamente sencillo era del todo nuevo; pero la dificultad estaba en que Senefelder, tan extraño al arte de escribir al revés y de hacer picar una plancha con el punzon de acero, se vió obligado á dar principio á su aprendizaje. Los numerosos ensayos que tuvo que hacer redujeron necesariamente el grueso de la plancha, y él se desesperaba viendo que no podía reemplazarla, porque tenía que dedicar largo tiempo á escribir. La indigencia del editor conspiraba siempre contra la gloria del autor.

Estos tormentos de la miseria, que ordinariamente matan la imaginación, fueron causa de que por el cerebro de Senefelder cruzara una idea luminosa. La piedra de las canteras de Solenhofen, que él pisaba todos los días, cuyo grano era tan fino y cuya superficie tan tersa, ¿no podrá reemplazar al cobre para sus ensayos? Se puso á trabajar con ahínco sobre una baldosa delgada, y vió que su ocupación era costosa. Abandonó la plancha de cobre, y la substituyó con una modesta piedra de Solenhofen, preparando así una especie de revolución.

Nadie podía presagiar entonces el porvenir artístico é industrial que se iba á obrar. Senefelder hacia diariamente ensayos de escritura al revés, sirviéndose para ello de una pluma de acero, en lugar de la punta del buril del grabador, y cubriendo para economía su piedra con una tinta grasienta jabonosa en lugar del barniz. Pero un día esta piedra muy pulimentada llegó á ponerse blanca: era uno de esos días que el libro del destino señala de color encarnado, y aunque menos poético, era de felices consecuencias para Senefelder. No teniendo un pedazo de papel blanco á su disposición para escribir lo que de repente se le ocurría, pudo adquirir un *Krentzer* para comprar una hoja.

Falto de medios, escribe la nota con su tinta grasienta sobre el extremo de su piedra para copiarla mas tarde.

Apenas concluye de hacerlo, cuando guiado por una súbita inspiración, se pregunta si por casualidad el ácido de que él se servía para hacer picar el cobre, y que debe respetar su tinta grasienta tan bien como el barniz para grabar, no tendrá sobre la sustancia de la piedra desnuda bastante acción para dar á los caracteres trazados por la pluma un relieve suficiente que permita tirar las pruebas de impresión. No se había hecho ilusiones. Las partes desnudas de la piedra, descompuestas por el ácido, se hallaban demasiado gastadas para dejar á las partes protegidas por la tinta mas espacio que el grueso de una carta de juego. No pretendía mas que hallar el medio de dar tinta sin pringar los caracteres. Un sombrerillo plano substituido después de una multitud de ensayos infructuosos por las almohadillas que usaban los impresores tipógrafos, llenó completamente sus deseos.

Tenemos ya á Senefelder que llega después de muchísimo trabajo y paciencia á dar los primeros pasos en la litografía; es decir, que va un poco mas adelante de cuando él proyectaba hacer con una regla las líneas preparadas, de modo que formaran palabras compuestas. Pero este medio estaba ya para conseguirse, y por esto no pidió á su ingenio nada demás. Si el punto de partida se halla igual para las dos artes, las dosrutas que emprenden las conducen á dos objetos bien diferentes.

Senefelder estaba en completo acuerdo con el abate Schmidt; pero el procedimiento inventado por este profesor permanecía demasiado inerte en sus manos. Senefelder, dotado de un espíritu activo y emprendedor, aguijoneado por el deseo de su gloria de autor y por las

necesidades de la indigencia, apresuró los medios de su feliz descubrimiento, cuyo provecho, según ordinariamente sucede, no debía servir de recompensa al inventor.

Los detalles de todos los trabajos que Senefelder ensayó frecuentemente para sacar de su invención todo el partido que se prometía y la impresión económica de sus obras, ofrecen poco interés para nuestros lectores. No importa mucho mas saber cuántas formas de sombrerillos fueron sucesivamente inventados y desechados, cuántas modificaciones se hicieron en las combinaciones de prensas para imprimir, usando el grabado en dulce y la tipografía; pues los accidentes y las causas de desaliento, agravadas casi siempre por la angustia, se multiplicaban y se sucedían sin cansar nunca la perseverancia de Senefelder. Esto sucedía en 1798, en que el procedimiento de la *impresión química sobre piedra* (primer nombre que se dió á la litografía) empezó á tomar tan buen aspecto, que mereció fijar la atención pública, dando lugar á que se creara un establecimiento que empezó á sentir bien pronto las revoluciones de la fortuna. En 1799, Senefelder se asoció á un músico compositor llamado Gleisner, alcanzando del rey un privilegio por diez años para usarle en toda la Baviera.

En 1800 formó una segunda sociedad en Offenbach con los tres hermanos Andrés, y todos cuatro se propusieron estender por París, Londres, Viena y Berlín el conocimiento de este nuevo arte; pero obtuvieron mal resultado en las dos primeras ciudades, y en París los hermanos Pleyel hicieron tambien algunos ensayos desgraciados.

Dos años mas tarde volvió á ensayar una nueva tentativa Andrés de Offenbach en París con el mismo resultado que los anteriores; hasta que Andrés vendió el secreto del procedimiento á Choron, célebre fundador de la escuela de música sagrada, y á Mr. Baltard, tan hábil grabador como arquitecto distinguido; pero ni uno ni otro supieron sacar el partido que se debía.

En 1804 un discípulo infiel de Senefelder publicó lo poco que sabía del secreto de la invención; pero fué bastante para que lo explotara muy útilmente la escuela de dibujo de Munich, siendo necesario que dicha escuela apelara á los hermanos de Senefelder para que completaran las imperfectas nociones dadas por el tránsito.

Un profesor lleno de celo entrevió desde luego, aunque confusamente, el partido que se podía sacar para la enseñanza del dibujo del nuevo descubrimiento atrasado por las preocupaciones de su autor, acerca de la impresión de la escritura y de la música. El laboratorio de química de la escuela proporcionó al innovador los medios de multiplicar los experimentos por medio de la composición de su lápiz y la preparación de las piedras; saliendo de aquí los primeros modelos para el dibujo á lápiz ejecutado por el lápiz mismo. Esta vez la *impresión química* ha sido conquistada por el arte; la litografía es realmente inventada, y el nombre del profesor Mitterer debe en buena justicia hallarse escrito por el reconocimiento público al lado del de Senefelder.

Es demasiado notable que las dos fases principales de la litografía han tenido lugar en la misma ciudad, en Munich. Si Senefelder hubiera concebido su primera idea lejos de la abundante cantera de Solenhofen, donde toda la piedra reunía las cualidades químicas mas superiores que exige la litografía, es casi seguro que la invención no hubiera logrado por entonces resultado alguno, aunque la imprenta tipográfica pudo ser inventada lo mismo en Alemania que en cualquiera otro país de Europa.

En la escuela de dibujo de Munich se hicieron dos modelos al lápiz, y en un establecimiento formado en 1806 por el baron de Cotta, se sacó del grabado en dulce el primer tratado que ha aparecido sobre la litografía, que fué sumamente útil para la propagación del nuevo arte.

Durante este tiempo Senefelder se ensayaba en aplicar la litografía á la impresión de las telas; pero no sacó resultado alguno por los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en aquella época. Viendo que en todas partes se le hacían usurpaciones y que su privilegio era un dique impotente contra los competidores, se resolvió á formar sociedad con el baron Aietin.

Sucedíole poco tiempo después M. Mannlich, director del museo, y bajo sus auspicios apareció la primera obra verdaderamente artística que la litografía ha dado á luz; esta obra es una colección de *fac-similes* de dibujos de Rafael, Miguel Angel, Alberto Durer, y otros grandes maestros, que forman parte del gabinete del rey de Baviera. Estos *fac-similes*, obra de dos artistas bávaros, MM. Strixner y Pilotti, han sido ejecutados como los originales.

El nuevo arte se estendió por Italia é Inglaterra, recibiendo el nombre de *polyantografía*; pero en Francia no mereció aceptación alguna. Denon, director del Museo Imperial, y el general Lejeune, habían aprovechado la ocasión de la célebre campaña de 1807 para adquirir todos los conocimientos sobre la litografía. Un artista llamado Lemet fué mas lejos aun, pues trasportó á París una plancha ejecutada por él mismo en Munich. La prueba no pudo ser mas concluyente;

pero nada pudo vencer las prevenciones de un gobierno receloso, que temiendo la influencia que conocía iba á ejercer la litografía, veía el medio que proporcionaba este arte para establecer y aumentar las imprentas clandestinas. Mannlich solicitó la autorización en 1810; pero como Andrés Offenbach, luchó con mil inconvenientes sin resultado alguno.

A fines de 1814, G. Engelmann introdujo definitivamente la litografía en Francia por la fundación de su establecimiento Mulkonse, de donde salieron producciones tan notables, que lograron fijar la atención de la Sociedad de Fomento.

En 1816 y 1817 creció tanto su crédito en París, que no bastando el establecimiento de Mulkonse, se formó otro fundado por uno de los hombres mas respetables de aquel tiempo, el conde de Lasteyrie, que había estudiado la litografía en Alemania el año de 1812.

ESTADO DE ESPAÑA

EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE FELIPE II,

SEGUN VARIOS HISTORIADORES Y ECONOMISTAS ANTIGUOS,

POR D. FLORENCIO JANER.

Como pasatiempo histórico vamos á describir el estado de España en los primeros años del reinado de Felipe II, sin que por esto suscribamos nosotros á la opinión algun tanto exagerada de los economistas é historiadores antiguos, de quienes tomamos los siguientes curiosos datos.

Como una de las causas principales de la decadencia de nuestra España, debe figurar en primera linea la falta del don de consejo, segun los economistas del siglo XVII; pues si le poseyera, con los dones que ha prodigado la naturaleza sobre su suelo, se bastaría á sí misma para sobresalir en labranza, en industria y en comercio, y se bastaría tambien para, con estas dotes riquísimas, señorear con inmenso poderío las demás naciones del orbe. Aparte de la posición geográfica de la península, que ha merecido ser llamada por los escritores antiguos *principio y cabeza de todas las regiones del mundo*, parece que la naturaleza se complació en cubrirla de un clima suave, y hermanar en su seno los productos tanto de la zona templada, como de la mas ardiente. Nada hay tan halagüeño como el hermoso, sereno y despejado cielo, y la variedad climática de este país, pues encierra elevadísimas montañas cubiertas la mayor parte del año de heladas nieves, fértiles campiñas y terrenos estériles, ardientes costas marítimas, llanuras templadas, tierras áridas y secas casi siempre, y otras cubiertas de verdor constantemente y regadas por un sin fin de rios y riachuelos. Diversas y escarpadas cordilleras de montañas recorren la España en diferentes direcciones; formando entre sus ramificaciones, y entre sus caprichosas vertientes, cuencas fertilísimas mas ó menos dilatadas, angostos desfiladeros, estrechos y profundos valles, entre los cuales unas veces casi ocultos por la vegetación, y otras veces descubiertos, corren un considerable número de vivificadores arroyos. Seis rios principales van diseminando en distintas direcciones sus cristalinas aguas, hasta que se ocultan en el mar; y las ensenadas, bahías y puertos de las costas, bravas y peñascosas en algunos lugares, ofrecen ansioso y seguro asilo á los navegantes. Todo género de granos y ganados, cuyas lanas son de las mas estimadas del mundo, las mejores frutas y legumbres, y los vinos mas exquisitos se cogen en la península. Abunda igualmente de arroz, aceite, almendra, azúcar, miel, azafran, cáñamo, lino, seda, algodón, sosa, barrilla, corcho y multitud de plantas medicinales; y sus montes suministran maderas de construcción y mucha caza, y sus dilatadas riberas sabrosa y abundante pesca. Minas de toda clase de metales, como oro, plata, mercurio, cobalto, cobre, plomo, estaño, hierro, piedras preciosas, carbon de piedra y otros minerales, completan los productos de un suelo cuya riqueza y fertilidad han excitado siempre la envidia y la codicia de los extranjeros.

A tan natural y espontánea prosperidad uníase á mediados del siglo XVI la preponderancia que daba á la nación española el gran poderío, y la respetable extensión de sus dominios. Al heredar Felipe II en 1556 el trono de su padre el emperador Carlos V, pudo contemplarse soberano el mas poderoso de toda la cristiandad, y aun idear con una monarquía pujante, indivisa y briosa, el logro de la tan decantada monarquía universal. Castilla, Aragon y Navarra en la península, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milan, el Rosellon, los Países Bajos y el Franco-Condado, las provincias de Túnez y de Oran, y las islas de Fernando Pó, de Anobon y de Santa Elena, en las costas occidentales del Africa, le constituían ya de por sí el rey preponderante; cuando no los reinos de Méjico y del Perú, las islas de Cuba, de Santo Domingo, Martinica, Guadalupe y Jamaica, las provincias de Tierra-Firme, Nueva-Granada y Chile, Paraguay y Buenos Aires, y aun después las

islas Filipinas, le enriquecían con continuos raudales de oro y de plata, y le aseguraban su corona con un manantial perenne de preciosidades.

Sus escuadras, ya poderosas de por sí desde el reinado de los Reyes Católicos, engrosáronse sobremanera con su enlace con María Tudor, quien le puso á su disposición ejércitos y armadas inglesas, y tanto con ellas como con la pericia consumada de antiguos capitanes, conservaba fácilmente todos sus dominios, sin tener que recurrir al pavoroso medio de las armas. Estas, puestas al mando de hombres esclarecidos, como Filiberto Manuel, el jóven D. Juan de Austria, el duque de Alba, el príncipe de Parma, y otros, descollaban en todas partes por su invencible valor, heredado al par de sus banderas desde el inolvidable tiempo del Gran Capitán; y la proverbial gallardía de las tropas campeaba y merecía siempre buen lugar entre tantas naciones de idiomas, usos y costumbres diferentes. No menos debía Felipe II un afianzamiento de su corona tan envidiable al poderoso brio de sus ejércitos y de sus armadas, que al cabal desempeño de la política de los vireyes de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña, de Méjico y del Perú, y de los gobernadores del Milanés, del Franco-Condado y de los Países Bajos; pues personas todas escogidas y de su entera confianza le mantenían adictos aquellos estados, ya fuese por medios hidalgos, sin desafuero alguno, ya recurriendo á lo que marcara la ley, cuando se cometía algun desacato.

Al par del poderío de los ejércitos de Felipe, que cubrían de armas españolas y asalariadas á la Península, las mejores regiones del orbe, y al par de sus soberbias escuadras, que enseñoreaban ambos mares, sin contar con las divisiones de naves de guerra que amparaban y vigilaban las costas de Galicia y de Guipúzcoa, de Nápoles, Sicilia, estrechos de Gibraltar y de Calais y aguas de los Países Bajos, corrían parejas la prosperidad interior de España, su agricultura, su industria y su comercio.

Cual si descansara la España en lozano y rico florecimiento después de un reinado de los mas famosos, y cual si se preparara á comenzar el de Felipe II, que debía ser no menos famoso, así hablan algunos historiadores de aquellos años, presentando la Península en un estado el mas venturoso y placentero. La honrosa labranza hallábase en todas partes apreciada cual nunca se había visto. Afanábanse en ella multitud de robustos brazos, y presentaba el suelo la fertilidad y opulencia mas amenas. Las Asturias y las Provincias Vascongadas verdeaban continuamente con vistosas praderas, donde apacentaban libremente numerosos rebaños. Aragon y ambas Castillas presentaban doradas y riquísimas mieses, y por la industriosa Cataluña y las Andalucías, siguiendo por las costas de Almería, Málaga y hasta Tarifa, brindaban los mas incomparables dones de la naturaleza. Las márgenes del Guadalquivir, del Duero y del Ebro son las que aprontaban casi espontáneamente los sustentos mas sabrosos y delicados. Nada se echaba de menos: el vino y el aceite se cogían en abundancia, lo mismo que toda clase de frutas, miel y cera, lino, cáñamo, algodón, avena y demás cereales. La esportación de tan variados productos se hacía por medio de los numerosos puertos que rodean la Península, y algunos rios franqueaban el rumbo á barquichuelos mercantes hasta el interior de las provincias. Entre todas descollaba la vega de Granada, perpétuo verjel, cuajado de estanques y atarjeas, que repartían el agua por todas partes, merced á la actividad de la raza árabe, cimentada en muy crecido número por aquellas campiñas, y cuya rara habilidad agrícola cultivaba hasta las cumbres de los cerros mas tajados y mas escabrosos de las Alpujarras. Allí en la cresta mas empinada de los montes aparecía la vid y el olivo, y lo mismo sucedía en muchos puntos de Cataluña y de Valencia; pues si era preciso para aprovechar un palmo de terreno, ayudábanse de garfios y de cuerdas para subir á labrar el sitio vedado de pisar al mas ligero gamo, y luego en concluyendo dejábanse caer en brazos de sus compañeros. Peregrino tambien era el sistema de riego de la huerta de Valencia, planteado por la morisma, pues un sin número de acequias y canalejas la regaban con simetría y en todas sus partes. Bastábase en fin á sí misma la España, y aun sobraaban holgadamente sus productos naturales para ser enviados á mil diversos y remotos países.

Otro tanto sucedía con la industria y con el comercio. Asaz nombrada gozaban los cueros, paños y sederías de Toledo, Cuenca, Ciudad-Real, Segovia, Granada, Córdoba, Sevilla y Baeza. Avila y Medina del Campo competían igualmente con las fábricas de paños, de cuyo artículo abastecían casi toda la Europa. Barcelona enviaba sus tejidos á Nápoles, Sicilia, y hasta á Egipto, surtiendo por medio de sus atrevidas naves mercantes de trigo, sal, vino, especias, madera, y aun hierro, acero y plomo, á un sin número de países extranjeros, sobre todo hacia las comarcas de Levante. Los paños de Cuenca, Huete, Segovia, Villacastín y otras ciudades, los arneses y tafiletes dorados de Córdoba, las sedas crudas y labradas de Granada, las hojas toledanas, los cueros y los bordados de seda, oro y plata de Toledo, las especias de Valencia, Ocaña y Lisboa, en fin, todas las manufac-

turas y productos de España, eran objeto de un animado tráfico en las nombradas ferias de Burgos, de Valladolid, de Medina del Campo y de Medina de Rioseco. Sobre todo, en la de Medina del Campo atravesábanse intereses muy crecidos por medio de monedas, barras de plata y oro, y gran número de letras de cambio. Hubo feria en que se asegura haber importado los negocios del comercio cincuenta y tres mil millones de maravedises, que son tanto como unos veinticinco mil millones de reales. Eran aquellas grandiosas ferias el emporio de la industria y del comercio, no solo de España, sino de otros países, pues tampoco faltaban entre variados artículos, túnicas, alfombras y ricos tejidos de Siria y de Berbería, cera, papel y mercaderías de Francia y de Flandes. Hablando de la de Medina del Campo, dice un escritor de aquellos tiempos (1): «En esta villa se hacen en cada un año dos ferias de las principales de España, donde concurren muy gran número de gentes, así de España como de fuera de ella. Es ver en este tiempo las casas, calles y plazas de esta villa, cosa muy de notar, con tantas gentes, tratos y mercaderías. Para aquí se hacen las libranzas de pagas, y se hacen los pagamentos de señores y mercaderes en muy grandes sumas. En tanta manera que el trato de Medina alcanza á todas partes de España, y aun á muchos de fuera de ella. Hay á la continua en esta villa muy grandes mercaderes que tienen tiendas muy ricas y abastadas de todas maneras y suertes de

mercaderías... De sedas, paños, lienzo y otras cosas de trato, no se puede decir lo que en ella hay... Es tanta la fertilidad de esta villa, que siempre se halla próspera y rica.»

Completaba el cuadro tan halagüeño de la prosperidad española en aquellos años el carácter siempre emprendedor de los habitantes de sus provincias, bañadas por el mar; pues bullían por las costas infinidad de naves mercantes, que desde los puntos de Cataluña y de Valencia, de Málaga, Sevilla y Cádiz, traginaban á Italia, al Africa y hasta á las Indias Orientales los productos de la península. La marina mercante española sobrepujaba á todas las del resto del continente, prosperando nuestros comerciantes en todos los mercados, desde Méjico, Perú, Lisboa y Berbería, hasta Venecia, Génova, Florencia, Nápoles y Milan, y aun en la misma Roma. Entre todas se alzaba Sevilla, cuya casa de moneda era famosísima. Ocupábanse en ella continuamente ciento y ochenta hombres batiendo moneda, y salían á todas horas recuas cargadas de oro y de plata amonedada, como si fuese cualquiera otra mercadería común. «Son tantas las mercaderías que en esta ciudad entran y salen, dice Pedro de Medina, que renta la aduana donde se pagan los derechos del rey, con otros partidos, cuarenta cuentos cada año. Y otra aduana donde se pagan los derechos de solo lo de las Indias, renta cada año quince cuentos. Cárganse en esta ciudad, para solamente las Indias, mas de cien naos cada



(Iglesia de San Juan Bautista de Buitrago.)

año, de todas mercaderías, y la mayor parte de estas naos vuelven á ella cargadas de oro y plata y otras cosas.»

No solo era España la señora del mundo por su nombradía y riquezas y por sus poderosos ejércitos y armadas, sino que lo era también por la excelencia de sus artes sublimes y de su literatura, tanto amena y dramática, como histórica, filosófica y científica ó sabia. Tocó á la península en aquel entonces, así como había tocado á Italia años antes, el señalar el rumbo á artes y ciencias, encumbrándose al par de las armas á lo sumo de la fama y de la brillantez, y compitieron tanto la conquista de Granada y el descubrimiento de un nuevo mundo durante el reinado de los Reyes Católicos, como las gigantes cas empresas de Carlos V para abrir nueva senda y dar vuelo inmenso al númen nacional. Las victorias de los pendones castellanos facilitaron el trato de las gentes en tal manera, que los artistas, apocados dentro de la península, se lanzaron, una vez sabedores de las riquezas de Italia, á estudiar los portentos que guarda aquel país clásico de las bellas artes. Multitud de pintores, escultores y arquitectos trasmigraron en busca de perfeccion en sus diferentes talleres; pero vueltos á su patria, en vez de contentarse con el remedo frío de los modelos, condujoles su fantasía y el genio ardiente de la península á crear por

sí solos, á remontarse originalmente, y en suma á intentár un renacimiento. En cuanto á la pintura, de las cuatro escuelas principales, sobresalieron luego la escuela Madrileña y la Sevillana, y la escultura y arquitectura se perfeccionaron de tal modo, que nos quedan verdaderos primores de aquella temporada por manos de Alfonso Becerril, Navarrete, Juan Bautista de Toledo y Herrera. Desempeñó este último con gran maestría la perfectísima y grandiosa obra del monasterio de San Lorenzo del Escorial, y es tanta la admiración que causó á nacionales y á extranjeros, que aun hoy día pasa por la octava maravilla del mundo. En cuanto á las letras, basta decir que florecieron por aquellos años muchos escritores, ya poetas, ya prosistas eminentes en toda clase de ciencias, entre los cuales merecen gran nota Hurtado de Mendoza, Oviedo, Las Casas, Lope de Rueda, Virnés, Fray Luis de Leon, Melchor Cano, Arias Montano, Antonio Agustín, y otros.

Más difícil de bosquejar es el régimen político interior que siguió Felipe II luego de su advenimiento al trono, que no el estado de España en aquella época en agricultura y comercio, en armas, ciencias y artes; porque la nación estaba dividida no tan solo bajo el concepto político, sino también bajo el religioso. Cada provincia debía considerarse como un pueblo diferente: discordaban en legislación, en usos, trajes y costumbres, y sobre todo en el lenguaje que

(1) *Grandezas de España*, por Pedro Medina.

estrecha las relaciones por el afecto de la patria. Así es que uno de los mayores conatos de aquel monarca fué aunar la legislación y las creencias en toda España, para cuya última empresa sirvióle muchísimo el tribunal de la Inquisición. Castilla era la provincia donde estaba en mas vigor la potestad Real de todos los demás estados que formaban la monarquía española, y aun la presentaban hartos tropiezos los *procuradores en Cortes*, los *cabildos* y los *ayuntamientos*. La concentración de todos los negocios de la península en diferentes consejos puso la administración en manos del rey, que por lo regular providenciaba por medio de sus cédulas. Aragón, Cataluña, Navarra y las provincias Vascongadas presentaban mas obstáculos al Real albedrío con sus añejas regallas é instituciones democráticas; pues Valencia debía considerarse como aneja al reino de Aragón. Esta variedad de reinos, no menos que el inmenso número de judíos y moriscos que cuajaban las provincias meridionales de España, hacían desear una unidad política á Felipe II que, como su padre, ambicionaba redondear el vasallaje de la península entera, y abarcar cuanto le fuese posible de países extranjeros. Quiso que la herencia de sus padres fuese el centro de sus dominios, y el mas fuerte cimiento de todo el poderío que veía ya retratado allá en su mente: pero quería que fuese un centro y un cimiento grandiosos, desde donde pudiese como desde un solio imperecedero mandar sus ejércitos y sus armadas á mil leja-

nos y diversos países, é intentar el señorío de todo el antiguo y nuevo continente. Sin embargo, no lo logró mas que en el nombre, cuando Portugal se unió á su corona; pues si bien es cierto que pareció imposible formáran toda una nacionalidad aquellos territorios tan divididos, y tan trabajados con las guerras y los desmanes políticos en los siglos XIII y XIV, también es verdad que los habitantes de tantos pueblos diferentes en el habla y en el carácter, y aun en los trajes y costumbres, no se avinieron, ni aun lo están hoy día en sus respectivos intereses provinciales.

EL MONTE DE TOROZOS.

Acaso se sobresalte alguno de nuestros lectores con tan fatídico epígrafe. Porque todos hemos oído en la niñez resonar en nuestros oídos el nombre terrible de *Torozos*, en ecos de pavorosa y siniestra significación. Y no habrá quien no recuerde haber escuchado á sus abuelos medrosas aventuras, que le dieron una fama tan funesta como imponente. Verdad es que *Torozos* llegó á ser la pesadilla de los cuadrilleros y ministriles, el *timebunt gentes* de los viandantes, la Troya de todo repleto y transeunte bolsón. Ya era un abad bendito,



(Sepulcro en la Iglesia de San Juan Bautista de Buitrago.)

caballero en poderosa mula, y precedido de zanquilargo espollista, quien al volver de un matorral, se hallaba con un jaque en facha, que le hacía desballar los ahorros de diez años de contemplación y penitencia; ya es el intendente de rentas quien ve asomar por las portezuelas de su coche de colleras los trabucos de cuatro guapos, que buscan lo que no se les ha perdido; ya, en fin, un destacamento de tropas ligeras anda á cintarazos con una bandada de inocentes, que se salen á distraer en el camino real. Con estas y semejantes andanzas el susodicho monte llegó á ser mirado como el teatro de las mas horripilantes averías, hasta el punto de hacerse su nombre proverbial y antonomástico. Si se quería encarecer la abundancia de *gente non sancta* en cortes y cortijos, luego venía el consabido *jesto es peor que Toroza!* Cuando algun mesonero se equivocaba á su favor en la cuenta del gasto, ¡ya puede irse á *Toroza!*... se decían las víctimas á *sotto voce*. Para espresar cualquier galanteador de contrabando los disgustos que le costara el paso de cierta escalera secreta, ocasionada á tropezones y encuentros de mal género con el amable tutor ó el favorecido cónyuge, al punto salía con la obligada cantinela de *¡aquello es mas temible que Toroza!*... *Toroza*, en suma, ha sido el lugar privilegiado de las fechorías superbas, el campo de prueba para los descendientes de Caco y de Ginés de Pasamonte, el solar nativo de las celebridades de la vida airada, que loaban los co-

pleros de callejuela en *nuevos y curiosos romances*. Lo que para las brujas el *Nanrajat de Sevilla* y la *cueva de Barahona*, lo que para los mágicos la *gruta de Merlin*, y para los *ternes el perchel de Málaga* y el *barrio de Triana*, eso mismo llegó á ser *Toroza* para los que toman lo ajeno, á pesar de Dios y el rey. Caminante había, que al divisar los matorrales á lo lejos, experimentaba mas calosfrios que el muchacho en manos del cejijunto dómine para una rubicunda verberación. A unos se les antojaban los carráscos montones de heridos y maltrechos transeuntes; otros convertían las atalayas en ciclópeos y amenazadores ginetes; y quien se imaginaba robado, aporreado, y muerto y resucitado, á pesar de llegar á la posada con ganas de comer. Y contaba después muy formal y al amor de la lumbre en las noches de invierno el estupendo caso, mientras su consorte moqueaba con disimulo, las comadres se hacían cruces de cuerpo entero, y el sacristán, el fiel de fechos y el herrador le oían con un palmo de boca, al son de los ronquidos del señor cura, que sucumbió á la elocuencia del historiador.

Con tan trágica pintura y pavorosas habillitas se imaginaba, y aun imagina todo el que no conoce el lugar del drama, que *Toroza* es un paraje horrible, lleno de espesuras y barrancos, fragosidades y precipicios. Y no hay quien deje de forjarse una decoración de grande espectáculo, con cuantos detalles y adminículos sea del caso para el

efecto teatral. Pues nada hay de eso, amado público. La realidad desmiente la ilusión. *Torozos* es una hermosa dehesa de robles, plana como la superficie de un lago, verde como un idilio de Gesner, y apacible como un paisaje de Arcadia. Figuraos una inmensa pradera de vistoso césped, donde triscan alegremente innumerables rebaños, cuyos vellones resaltan agradablemente en la pintada alfombra. Sobre el fondo alegre y vivo del otero hace enérgico contraste el matiz oscuro del robledal vastísimo, que salpica los contornos con melancólicos y misteriosos bosques, cruzando de E. á O. el inmenso páramo situado entre Medina de Rioseco y Valladolid. Su forma es un paralelogramo desigual, que forma parte de la cordillera de montes que arranca del Pirineo, y va á terminar en Portugal. Esta dilatada faja de montuosidad se corta en algunos puntos, marchando dividida en *trozos*, y dando origen con esta circunstancia y la degeneración de aquel vocablo al nombre de *Torozos*, que lleva el pedazo correspondiente á la ciudad en cuyo término radica, y que le hace entre los naturales titular también *monte de Medina*, en la extensión de una legua de longitud, y media de anchura. Toca por el E. con otra fracción de la zona, que lleva el nombre de *Nava-buena*, y se enlazan al O. con la nominada *las suertes de Peñafior*; se prolonga al monte de la *Espina*, sigue á los de *Urueña*, continua por el *del Rey*, y dilatado hasta los de *Mirenula*, toma el nombre de la *Cubilla*, y en derecha á Braganza penetra en el territorio portugués. Esta circunstancia y la copia de su arbolado han sido causa de abrigarse en *Torozos* los bandoleros de esta comarca, seguros de la impunidad y mejor éxito de sus correrías. Nada más fácil para el crimen que evadir la persecución entre unas espesuras que en parajes no permiten ser batidas, y pudiendo guarecerse por cada cabo en un país extranjero á mansalva y sin temor en tan dilatada extensión de bosques.

Pero ya pasó el tiempo de tales aventuras; que es ahora la época de los *héroes de camino*. *Torozos* pues no ofrece el menor riesgo á los viandantes mas inermes. Así es que la calzada general de Asturias que le atraviesa, se pasa á todas horas y en cualquier tiempo con seguridad y desahogo. Verdad es que los progresos en el sistema de viajes van haciendo cada vez mas raros los ataques á mano armada. La construcción de caminos, las postas y la vigilancia sobre las vias, hacen ir desapareciendo aquellos tiempos en que el aterrador apóstrofe de *la bolsa ó la vida* sorprendía al pasajero en cada desfiladero y tras de cada matorral. Y los ferro-carriles, al fin, vendrán á concluir con la torva profesion. Por eso ha variado de medios, de campo y hasta de nomenclatura. Los bandoleros se llaman ahora *tomadores del dos*; no se roba en los páramos, sino en las calles; las campañas no se hacen en los bosques y sierras, y si en los templos, teatros y cafés, el *Torozo moderno*. La astucia ha sucedido á la violencia; la fuerza bruta cede el campo á la refinación del talento. El ladrón actual es un tipo enteramente diverso del ladrón de antaño. Indudablemente hemos perdido en la trasformación. Hay otra cosa además.

Hubo un tiempo en que el bandido español era considerado á la luz de ciertas exageraciones romancescas, y tenía á los ojos del vulgo un colorido bizarro y sentimental. Esta preocupación plebeya tiene su explicación. Nuestro pueblo tiene en su fantasía algo de oriental, y gusta de lo ideal y extraordinario. Luego que el buen romance concluyó con las últimas hazañas de nuestros héroes; después que Cervantes mató de un plumazo los libros de caballería; y cuando el despotismo civil y fanático dió al traste con las nobles inspiraciones de la literatura, apagando el fuego de la libertad, el pueblo tuvo que buscar nuevo pasto para su imaginación. Y como en el marasmo intelectual se vicia el gusto, se corrompe el criterio y se ofusca el buen sentido, halló ante su mirada la fabulosa y trágica existencia del bandido, cuyos riesgos, fazañas y aventuras deslumbraron su atención. Y á falta de otros objetos bastantes á alimentar la necesidad de impresiones maravillosas, se fijó en ese, sin tener en cuenta las conveniencias morales, y fascinado por ciertos rasgos arrogantes. Notaba efectivamente en aquella personificación sendos arranques de bizarria y gran temple, algo de fantástico y superior á la condición ordinaria de su esfera. Se cuentan aun muchas anécdotas y dramáticos lances de famosos merodeadores. Ya uno que salvó el honor de acuitadas matronas contra la brutal violencia de sus camaradas; ya otro que robó á un mayorazgo y regaló á un pordiosero el fruto del despojo; ya en suma se refieren azares que daban al bandolero cierto aspecto teatral, haciéndole una especie de aventurero andante *sui generis*. Esos accidentes se explican por la indole del carácter español y del espíritu local. Nuestro pueblo por su naturaleza, historia y temperamento tiene mucho de romántico y extraordinario: este es el país de las aventuras y bizarrías; entre nosotros el valor y la afición á empresas descomunales obran en grande sobre los corazones: aquí reinó el genio novelesco de los tiempos heroicos; España es la atmósfera de la imaginación. Estos matices genéricos de nuestra psicología, inseparables del individuo, se revelan en cada personalidad según sus circunstancias. Ese fondo esencial del carácter no puede borrarse,

como todo lo que es connatural é intrínseco. Así pues, subsiste aun bajo la presión de situaciones incompatibles, y se deja vislumbrar al través de la corteza exterior en degeneradas entidades. Brilla como una chispa en la oscuridad, trasciende como el aroma de una flor en vaso de barro sepultada. El bandido, á pesar de la degeneración inherente á su estado, no pudo desprenderse de los instintos característicos del país, y estos se traducían de vez en cuando en actos generosos y hasta poéticos. Y el pueblo, que no analiza, entendía que eran efecto de su condición excepcional, en lugar de mirarlos como vestigios desfigurados de influencia fisiológica de íntima universalidad. Y creó un tipo donde no había mas que una degradación. Y nació en su fantasía aquella figura contradictoria y facticia que dió materia á las *coplas y romances* plebeyos, que fué popularizada en *polos y jácaras*, y que alcanzó cierta nacional celebridad, especialmente bajo el traje pintoresco de Jerez y el puerto de Santa María. Pero ese tipo ha pasado ya, aunque en vano se afanan por resucitarle en las desdichadas comedias andaluzas. Si allá en otros días, por una aberración del buen sentido, pudo ocurrir el absurdo de poetizar á *José María* y demás *personajes* de su laya, presentándoles á los ojos del vulgo con ciertos matices engañosos y prestándoles algo de novelesco, há ya tiempo que un gran poeta y magistrado insigne (1) levantó su acento contra tan falaz y peligrosa paradoja. Y no será hoy cuando las cosas tornen á mirarse á tan falsa y antojadiza luz. El bandido romancero ha muerto como *El manolo del Avapiés*, *El abate de Cruz* y *el caballero andante* del inmortal Miguel. *Torozos* pues no conserva de una época que pasó para no volver, mas que su terrible celebridad. Pero de lejos aun asusta. Por eso hemos visto afectarse de los nervios al bello sexo, cuando referíamos nuestras alegres cacerías en *Torozos*; y casi no nos permitía decir que en su rústico caserío se pasa la noche al modo que dice el poeta:

«Durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana.

Por supuesto, después de succulenta cena, en torno del chispeante y espacioso fogón, y pensando en los discípulos de *Gertas* así como por los cerros de Ubeda. Y cuando íbamos á la Pinciana universidad al regreso de vacaciones en días de *nieve y fortuna*, preferíamos media hora en *Torozos* refocilándonos con sendos tacos en la vera del hogar, á todos los caminos reales y no reales de la cristiandad y á la mismísima *via láctea*. Si alguna de vosotras, amables lectoras, siendo bonita, menor de edad *et aliquid amplius*, gusta de las soledades bucólicas, puede venir sin cuidado á *Torozos*, en la seguridad de que si algo se roba entonces, serán sus ojos los ladrones de un quebradizo y asendereado corazón.

V. GARCIA ESCOBAR.

LA ARISTOCRACIA EN VENECIA.

(Conclusion.)

Venecia es de madera; acaba de nacer; pero ¡qué rápidos y magníficos engrandecimientos encierra su porvenir! Aparece su *Palladium*, que ha robado piadosamente de Alejandría; llega el *Bienaventurado* de su leyenda popular, el celestial *navegante del mar de Aquilea*, y entra triunfador en el puerto. ¿Es el cuerpo de San Marcos, que toma posesión de su ciudad bendita? Dichosa ciudad, que guarda en su seno aquellas fecundas reliquias! Venecia y San Marcos se han encontrado y están mudos! San Marcos es el patron, el génio, el héroe predestinado de la ciudad! San Marcos es toda su existencia! Entonces empieza Venecia; lanza su grito nacional: *Marco! Marco!* y su leon despliega las alas.

Por espacio de 600 años Venecia desenvuelve su genio bajo todas las fases imaginables, corre tras su fortuna, continua su movimiento de ascension.

Engrandeciéndose entre los dilatados imperios, el de Occidente que reside en Alemania, y el de Oriente que está en Constantinopla, en un principio maneja sus relaciones con prudencia, los contenta y entretiene con insignificantes homenajes; al primero le envía todos los años en tributo un manto tejido de oro; otorga á la vanidad del segundo un ilusorio título de soberanía y de honorífico patronato.

Entre tanto adquiere en medio de ellos un rico dominio propio é incontestable. Bajo el gobierno de sus duxes, reyes electivos y populares, entre los cuales se cuentan Pedro Ursealo II, y Ordelaf Faliro, se enseñorea de la costa oriental del Golfo, destruye en ella á Narenta y á los piratas que la amenazaban: soberana y protectora de la Istria,

(1) Melendez Valdés.

duquesa de Dalmacia, reina del Adriático, conocida y solicitada por los príncipes de la Europa, representada por sus embajadores cerca de los Soldanes de Egipto y de Siria, gozando privilegios y atenciones en la persona de su *Baile*, ó ministro en Constantinopla, ha adquirido título de nación y jefe de estado.

Su territorio, su jurisdicción, su conquista, es el golfo, es el Adriático, cuya investidura y pleno dominio va á recibir de mano del jefe de la cristiandad, para que nadie navegue por aquellas aguas sin su permiso. Es poco todavía: apenas se ve puesta en posesión del Adriático, cuando llega á Levante convoyando la cruzada ó haciéndola por su cuenta.

En Siria estipula á favor suyo un cuartel, en Ptolemaida la tercera parte del Tiro y de Ascalon, una calle en cada ciudad, privilegios y franquicias en todos los puertos. En su poder se halla el camino de la tierra Santa; con sus galeras construye un puente para los cruzados. ¡Qué inmensos beneficios, cuánta gloria le proporciona la cuarta cruzada! Enrique Dándolo su dux, centenario y ciego, es quien la manda; y recorriendo á Zara, mas quedada de Venecia que el santo sepulcro, marcha á lanzar del trono de Constantinopla á los Comnenos, no tanto por castigo de que le hubieran hecho quemar los ojos, como por ganar para su patria los tesoros, los mares, las tierras del Oriente, la cuarta parte de Constantinopla, las ciudades del Ponto-Euxino y de la Propóntide, del Asia menor y de la Tracia, el Peloponeso, el Archipiélago y aquella maravillosa cadena de puertos y de islas que se extienden desde el Bósforo al Golfo Adriático: 500,000 marcos de plata y los mas brillantes despojos cupieron en suerte á Venecia en la division del imperio griego. Ciudad de 200,000 almas, tienen muchos millones de súbditos, refugiados miserables de las lagunas; sus ciudadanos se elevan con la espada y con su valor á duques de Gallipoli, grandes duques de Lemos, príncipes de Naxos y de Paros, nobles vasallos y feudatarios de la república; su dux, por último, desde simple duque de Dalmacia, llega á adquirir el derecho de vestir el imperial brocado, de calzar purpúreos borceguies, y de intitularse *señor de cuarta y media parte del imperio romano*.

«DOMINUS QUARTAE PARTIS ET DIMIDIAE IMPERII ROMANI.»

En medio de estos progresos gigantescos la constitucion varia, ó mas bien su natural declive, su índole particular la fijan, la dan consistencia, y la hacen tomar una forma original en Venecia. La señoría absorbe poco á poco al poder monárquico de los duques. La aristocracia se establece poderosamente, y llega á constituir por si sola todo el estado. Su responsabilidad comienza. Estamos á fines del siglo XVIII.

Hubo un momento en que se creyó que iba á decaer Venecia, pero fué para elevarse mas todavía. Teniendo que disputar sus recientes conquistas, el Levante, el Archipiélago, el mar Negro y el Bósforo contra los griegos, los bizantinos y los genoveses, es vencida por estos últimos. Pierde la Siria, la Dalmacia, hasta el mismo Adriático que defendía celosa como una propiedad suya. Vese sitiada, reducida tan solo á la isla de Malamoco, sin comunicacion con sus colonias; y Génova, su vencedora rival, tremola su bandera en Chiozza, domina las lagunas, y convoca á la Hungría y Tierra Firme para destruir con golpe seguro á su comun enemigo. Victor Pisani, Carlos Zeno y el patriotismo de algunos ciudadanos oscuros la salvaron de tan inminente peligro. Un siglo (el IV) fué bastante para que triplicase su dominacion.

En el Adriático, en Levante, es el torreon de la Italia. Por aquella parte la política y la guerra le proporcionan la adquisicion de Tierra Firme, el Friul, el Trevisano, el Paduano, el Vicentino, el Veronesado, la Polesina de Rovigo, Brescia, Bérgamo, Crema y Ravena. Cuenta con 2,000 leguas cuadradas de territorio, sin incluir el Oriente: posee todo el litoral que se extiende desde la embocadura del Pó hasta la estremidad oriental del Mediterráneo: la Grecia y la Italia son sus *arrabales*, como dice el historiador SABELLIENS. (*Década 4, lib. 3.*)

Nacida del mar, y sosteniéndose en él, Venecia debió sus fuerzas, sus tesoros, su imperio, únicamente á la marina, que mercantil y guerrera á un tiempo, la conquistó el comercio general del mundo. ¡Qué mecanismo tan fuerte y poderoso el de Venecia! Su cuerpo es la laguna con mil arterias; mil canales en que circula el mar como la sangre: sus miembros, los innumerables navios que llevan á todas partes su pensamiento y su accion; su aliento y el aire que respira, todas las brisas y todos los vientos; su espacio y sus conductos de comunicacion, al Norte la múltiple embocadura de los rios, al Sud los cinco canales que le abren paso para todas las costas; su alimento en fin, su sustancia y el manantial de su vida es aquel *arsenal*, ciudadela, puerto, almacén, inmenso astillero, aparato monstruoso que se compone de cinco salas de armas fabricadas de hierro y acero, de cinco fundiciones donde el metal hierve á todas horas, de tres conchas que absorben el mar hácia su fondeadero, de la *Rana* donde máquinas desconocidas tuercen cables de 500 piés: laboratorio misterioso y profundo que distribuye

el trabajo en cien subterráneos á 16,000 brazos que trabajan á la luz de las antorchas, que manipula todos los elementos, absorbe y consume bosques, metales, cosechas de cáñamo, y los metamorfosea, los convierte en galeras y en escuadras equipadas, dispuestas y botadas al agua con tal celeridad, que no llega á dos horas el tiempo empleado por cada galera.

Fuélle pues fácil á Venecia llegar á ser en su tiempo la primera potencia marítima y comercial. Ella era la única que tenía 36,000 marineros y 11,000 soldados de marina, 4,000 navios mercantes, escuadras en Siria, en Egipto y en el mar Negro, 50 galeras de guerra, entre pesadas y ligeras, con velas ó con remos, con puentes de abordaje ó con torres de sitio. Ya en el siglo IX tenía navios de tres paños, y para suplir los cañones y la artillería estaban armadas sus galeras de bombas que vomitaban el fuego griego por la popa y la proa. A todas partes llevaba ó imponía su comercio; no había puerto que no fuese visitado por ella, desde Cádiz á la laguna Meótides; en el siglo XIII su viajero Marco-Polo hacia investigaciones en el Asia; sus bugerías servían de moneda en Calicut, antes de Gama; sus botones de pasta y sus perlecillas de Muranos adornaban á los mandarines chinos y tártaros, antes de Colon. Los productos de su comercio ascendían á 29 millones de ducados solo en la Lombardia; beneficiaba 400,000 en sus relaciones con Florencia.

Fácil es establecer la proporcion de estos productos con los demás, considerando que ella recababa por todos medios industrias preciosas y envidiadas de todas las naciones, adquiría de los infieles ó de los cristianos por tratados ó por guerras, por compra ó por tributo, privilegios y franquicias para su comercio, arrendaba las aduanas de los demás estados, arruinaba toda concurrencia, y creaba de este modo para sus mercaderes enormes é infalibles ganancias. De este modo obtuvo por espacio de algunos siglos el monopolio del comercio, y las riquezas del mundo. Consérvase un emblema de lo que era entonces; aquella *dogana di mare* (aduana del mar), edificio que se levanta sobre una punta de tierra, casi enfrente de San Marcos; encima de la columnata de mármol descansa una torre coronada de un gran globo de oro; por lo alto del cuerpo se lanza en medio de los aires la estatua de la fortuna.

Al llegar á este encumbrado punto de esplendor y poderío, encorvada bajo el peso de la gloria y de los tesoros de que la habían colmado el comercio y la política, la navegacion y la guerra, Venecia se hallaba revestida de un aparato conveniente á su gloria y al rango que ocupaba en el universo. La ciudad de madera, triste y miserable, no era ya la del tiempo de Angel Participazio, sino que aparecía ya á los ojos de sus contemporáneos como «la ciudad mas triunfante que habían visto los siglos.» Estaba construida de mármol, de mosaico y de oro. Tres generaciones de eminentes artistas la habían edificado, esculpido y pintado: todos los países y todos los siglos la habían embellecido á competencia: árabe, bizantina, griega é italiana á un tiempo, brillaba con toda la variedad de estilos. Su maravillosa *basílica de San Marcos* fué obra de ocho siglos; el genio de Calendario principió el *palacio ducal*, que perfeccionó Sansovino: obras maestras de Bartolomeo y Niccolò Pisani, de Palladio y de Scamozzi, son todas aquellas basílicas que cubren la Laguna, y tantos palacios como descuellan á lo largo del Brenta y del canal *Grande*; y toda aquella admirable arquitectura la adornaron los mas encantadores lienzos de Bellini, de Bassano, de Tintoretto, de Ticiano, del Veroneso. Entonces, y desde lo alto del *Campanile* de San Marcos, era cuando se podía ver á Venecia, como la vió Canaletti, y sus estatuas, sus cúpulas, sus columnatas, sus inmensos muelles, sus 300 puentes, su mar y cielo azulados, sus estandartes, sus banderas jaspeadas y flotantes, y sus inmensas líneas de perspectiva aérea, que aun hoy la revisen con las formas de una ciudad encantada.

CARTA ESCRITA A DON JOSÉ CADALSO.

EN 17 DE ENERO DE 1774,

POR DON TOMAS IRIARTE.

Alá te guarde, ya que por nacido en Jaudala ser moro te imaginas; ó bien ya que te has ido á habitar las escuelas Salmantinas, de las ciencias espanto (1), do el latín de breviario abunda tanto con un *Dominus tecum* te saludo; y si este es cumplimiento de estornudo,

(1) Se dice que Salamanca es espanto de las escuelas, no porque espanta con ellas, sino porque de tal suerte las ha espantado de sí, que no han vuelto mas.

te diré en estilo de mi abuelo
santos y buenos días os dé el cielo.

A mi no me los da buenos ni santos,
pues acaba de darme mil quebrantos
como un dolor de muelas, *verbi gratia*,
tan descortés é ingrato,
que ha tenido la osada pertinacia
de no dejarme un rato
para escribirte carta larga ó corta;
pero vamos, amigo, á lo que importa.

Llena está de pesares y de tedio
esta gran villa al ver que en un instante
se han muerto sin consuelo ni remedio
el hermano José y el Elefante.

De la naturaleza monstruo el uno,
el otro de virtud monstruo igualmente,
fueron pasmo y delicia de esta gente
ya por mucho comer, ya por ayuno.
Oye la historia que con hechos ciertos
te contaré de los ilustres muertos.

Vino á Madrid, señor, el Elefante,
y escoltado del pueblo y de la tropa
paseaba las calles arrogante.

El suceso mas grave de la Europa
en Madrid no causara tanto ruido
como atención un bruto ha merecido.

Por esto con la musa ya caliente
dijo un amigo entonces lo siguiente:
«Si fuera yo el famoso rey prusiano,
que á todos los guerreros sometiera,
ó el inmortal Virgilio y escribiera
de la Eneida el poema soberano;
si fuera yo Platon, ó Quintiliano,
si Dalember, Lineo ó Neuton fuera,
Leibnitz, ó Boerhabe de esta era,
un Locatelli, un Garrik, ó un Ticiano;
te juro por quien soy que renunciara
toda fama y aplausos al instante,
y que por humildad me contentara
con que de mi persona en adelante
esta gran corte la mitad hablara
de lo que da que hablar el Elefante.»

Sacáronle tonadas y cuartetos;
en delantales, cofilas, manteletas
elefantes pintados se veían,
y en las mesas por modas se servían
elefantes de carne, dulce, y masa;
elefantes sin tasa
tuvimos que sufrir por varios modos
en la conversacion, en los apodos,
en cartas, en escritos publicados,
en sermones, sainetes, y plagados
nos vimos al segundo ó tercer día
de enfermedad llamada *Elefancia*.

Cuadrúpedo tan célebre y extraño
á principios deste año
falleció en Aranjuez; y se asegura
que ya en Madrid con todo afán procura
cierta cuadrilla de poetas zafios
componerle una carga de epitafios.

Feliz tú, ¡oh director del gabinete
de Historia Natural! ¡Ah! con qué gusto
habrás pillado ya (pues te compete)
la piel y el esqueleto de la bestia,
y aquel tronco de carne tan robusto,
cuyos elogios callo por modestia!

Mas si fué golpe duro é inhumano
el que esta adversidad causó á la plebe,
no ha sido, no, muy leve
el de la muerte del devoto hermano,
descalzo carmelita, y santo lego,
que miró las riquezas con despego,
como que á su convento cada día
ocho duros ó diez llevar solia,
que corriendo en Madrid ocho cuarteles
sacaba de limosna de los fieles,
hechas á frailes que llorando duelos
con su vida ermitaña,
poseen todo el reino de los cielos
y dos terceras partes del de España.

Hubiera de llenar un gran volumen
solo con emprender aquí el resumen
de la vida ejemplar de aquel bendito.
Pero solo te cito

la rara fé de una virtuosa dama
que siempre al levantarse de la cama
se lavaba con agua en que el hermano
antes soltado habia
el churre de su rostro sobrehumano;
cuyo licor compraba la señora
con plata que el prior hoy atesora.

Del beato indagó la gente pia
que atravesando calles enlodadas,
llevó las alpargatas siempre aseadas.
Y desta ligereza no me digas
que es ilusion de viejas santurronas;
pues sin doblar las débiles espigas
corren por una mies las amazonas,
que así en la gatomaquia el docto Vega
por cosa bien sabida nos la alega.

El venerable (honor de Carmelitas)
llevaba á prevención bajo el sobaco
entre mugre, sudor, vello y tabaco,
unas pasas, anises ó almendritas
que á las hembras devotas,
y á machos que mas que hembras son idiotas,
él daba por fragmentos milagrosos
y ellos se los zampaban fervorosos.

Este socorro espiritual y santo
ha faltado á este pueblo que al momento
corrió bañado en llanto
del hermano al solemne enterramiento.

¡Oh! quién te diera ver allí la furia
con que el vulgo animado de confianza
al cadáver haciendo honrosa injuria,
se atropa y se abalanza
á destrozar el hábito sagrado
y arrancar del difunto medio lado!

Ya del escapulario uno hace presa,
otro da ya por suya la capilla,
aquel los pelos del frailuco mesa,
este una oreja por fortuna pilla.
En cueros me hais dejado al pobrecito:
pónenle segundo hábito y tercero;
mas de la plebe el bárbaro apetito
reliquias los volvió como el primero.

Predicánsese exequias... ¡Qué concurso!
¡qué llores en el templo! ¡qué alboroto!
Déjame suspender aquí el discurso,
pues solo con palabras mal denoto
lo que apenas aun viéndolo creyeras...

Esto escribia cuando las parleras
voces que en este público inconstante
cada hora derrama
la engañadora fama

pregonan que no ha muerto el Elefante.
Vuélvome atrás; no hay nada de lo dicho,
y perdone el muy bicho
que no soy yo el autor del testimonio.
Quédate en paz, Madrid, día de Antonio
el que enseñó á criar puercos cebones:
él te libre de malas tentaciones,
y tan solo te dé la de escribirme,
pues Iriarte es tu amigo siempre firme.

Mas debe apreciarse un hombre sabio que se explique mal, que un
ignorante que hable bien.

Todo hombre puede engañarse; pero solo es propio del necio per-
severar en el error.

El hombre grande confiesa gustoso que ignora muchas cosas, y
que siempre tiene necesidad de aprender para instruirse.

Decía un antiguo filósofo: No sé mas que una cosa, y es que no sé
nada.

Preguntaron á Diógenes cual era la cosa mas pesada que hay
sobre la tierra, y contestó que un hombre ignorante.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.